

Pero se limitó a suplicar que le permitiera escribirle a Varsovia. María lo autorizó y es probable que las admirables cartas de Pedro abrieran brecha en su corazón animándola a volver a París para ser, como él pedía apasionado; «por lo menos, amigos inseparables».

Al regreso, Curie insistió en su petición. No importaba que ella no le quisiera. Con el cariño de él bastaría. La quería, la necesitaba y sólo con trabajar a su lado se sentiría feliz. María rió ante la idea y acabó por emocionarse cuando Pedro dijo que como su amor estaba por encima de cualquier consideración, si ella no quería vivir fuera de Polonia, él se iría a trabajar a Varsovia. María rechazó la idea y sostuvo su tesis de que el amor era incompatible con la ciencia. Medio año duró el forcejeo, hasta que la constancia del enamorado la persuadió de que el destino les había unido para la Eternidad. Se casaron el 26 de julio de 1895.

Es muy posible que María Sklodowska no estuviera al casarse «instintivamente» enamorada, pero desde el primer día de su nuevo estado, los dos corazones latieron al unísono y los dos cerebros pensaron como si fueran uno solo. Sin descender de la altura de sus sueños científicos, los esposos «se humanizaron», llegando a formar una de las parejas más excepcionalmente dichosas que el mundo ha conocido. El hogar —modesto, sencillísimo, casi mísero— se convirtió en un santuario de felicidad y un templo de sabiduría, en el que la esposa, sin dejar de ser la mujer elegida para escalar las cumbres de la ciencia, se transformó en excelente ama de casa y en esa suprema jerarquía femenina que es la maternidad. Esposa, ama de casa y madre, sí, pero sin renunciar a su vocación científica. Interesa subrayar esto, porque en nuestros días son muchas las mujeres que

consideran incompatible el ejercicio de cualquier profesión intelectual con las más altas funciones de la naturaleza. María Curie, al saber dar al amor lo que es del amor y a la ciencia lo que a la ciencia corresponde, desmiente rotundamente esa absurda creencia de algunas mujeres pseudo-intelectuales, que desdennan como cosa inferior el encanto del hogar. Su atención a la casa, el esposo y la crianza de la hija, no impidieron a la señora Curie obtener dos licenciaturas, ganar varios concursos, realizar profundos estudios y preparar su tesis doctoral. Todo ello bajo la dirección de Pedro, el más sabio de los maestros y el más amante de los sabios.

A finales de 1897 los estudios emprendidos por María para su tesis pusieron al matrimonio en camino de uno de los descubrimientos más sensacionales de la humanidad: el del «radium». Fué una extraordinaria aventura científica de largos años, en la que no podemos detenernos. Pero sí es menester subrayar la perfecta identificación durante ella, de la intuición genial de María con la lógica genial de Pedro. Es decir, hasta qué punto, en un matrimonio de intelectuales, puede actuar «el genio de la inteligencia» con la misma fuerza que actúa «el genio de la especie» en otras parejas humanas. Lo más conmovedor desde el punto de vista intelectual y humano es que, al llegar a cierta altura los estudios y experimentos, todo el trabajo aparece como de los dos. Pedro y María firman juntos todas las memorias y comunicaciones referentes al «radium», empleando las fórmulas «nosotros» y «hemos», desterrado de su lenguaje científico el «yo» y el «he».

Ocho años de incesantes esfuerzos, en los que emplean todas sus energías y sus escasos dineros; en los que afrontan el escepticismo y las burlas, las incomodidades y los